

Libros

12

LOS HOMBRES
QUE LUCHARON

COMPAÑÍA K

WILLIAM MARCH

Trad. de Bianca Southwood
Introd. de Philip D. Beidler
Libros del Silencio
Barcelona, 2012
312 páginas, 18 euros

★★★★★

La Compañía K entró en acción el 12 de diciembre de 1917 a las 22.15 en Verdún, Francia, y dejó de luchar durante la mañana del 11 de noviembre de 1918 cerca de Bourmont, habiendo cruzado el río Meuse la noche anterior en medio de un bombardeo.

La precedente es apenas una de las formas de contar esta historia, pero hay muchas otras, que van más allá de la nota al pie en el relato de una de las guerras más absurdas y sangrientas que haya contemplado el siglo XX. William March escogió en *Compañía K* una de esas numerosas formas, que consiste en ceder la palabra a protagonistas imaginarios de hechos que son el trasunto de experiencias reales vividas por su autor durante la contienda.

Compañía K resulta fascinante por tres razones. La primera es su distancia con respecto a la tradición de relatos bélicos que suelen centrarse en la experiencia individual de los sujetos en detrimento del hecho de que la guerra es siempre un evento de naturaleza colectiva; al narrar la Primera Guerra Mundial de la forma en la que lo hizo, March contribuyó -junto con Dos Passos, Thomas Alexander Boyd y Hemingway- a llenar el vacío que ocupaba la omisión de la experiencia bélica en la literatura estadounidense de su tiempo.

Ironía y ternura

Haciéndolo -y esta es la segunda de las razones para leer este libro-, ayudó a dar forma a una tradición que incluye obras de autores de tanta relevancia como Norman Mailer, Irvin Shaw y Joseph Heller, cuya *Trampa 22* (1961) lleva al paroxismo ideas y procedimientos de *Compañía K*.

Una tercera y última razón para destacar *Compañía K* es la continuidad que establece con otros textos de la tradición

norteamericana, como la *Antología de Spoon River*, de Edgar Lee Masters (1915). En ella, Masters narraba la historia de un pueblo imaginario del Medio Oeste a través de los soliloquios de los habitantes de su cementerio. March reprodujo el procedimiento en *Compañía K* sin renunciar a la ironía benigna y a la ternura que destilaba su modelo. Al hacerlo, solucionó dos problemas concernientes a la narrativa bélica: el de cómo contar la guerra sin pontificar sobre ella -un dilema que el autor resolvió fingiendo que no es él sino sus personajes los que maldicen la guerra- y el de cómo contar un hecho colectivo en términos individuales.

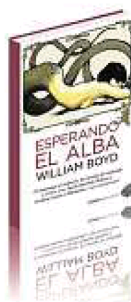
La historia de la Primera Guerra Mundial -parece decir March- «debe» contarse mediante la acumulación de testimonios; entre otras cosas, porque esos testimonios se contradicen y complementan; también porque esos testimonios se oponen al relato oficial.

Una advertencia

William March se llamó en realidad William Edward Campbell y nació en Mobile, Alabama, en 1893; fue abogado antes y después de participar como voluntario en la Primera Guerra Mundial, en la que fue condecorado en tres ocasiones, y presenció algunos de los hechos que narraría en 1933 en *Compañía K*.

Produjo una narrativa que tiene su equivalente en las obras de los autores ya mencionados pero también en la de los recientemente recuperados *war poets* ingleses: Wilfred Owen, Robert Graves y Siegfried Sassoon. Las cosas que llevaban y las historias que contaban fueron ciertas. De hecho, debemos celebrar que hayan podido convertir todo ello en una literatura que es también una advertencia, aunque haya sido desoída una y otra vez.

PATRICIO PRON

ENTRE
GREENE Y
LE CARRÉ

ESPERANDO EL ALBA

WILLIAM BOYD

Traducción de Juanjo Estrella
Duomo. Barcelona, 2012
378 páginas, 21 euros

★★★★★

Excelente y camaleónico novelista William Boyd, un «afroescocés», como él mismo se define, nacido en Accra, Ghana, en 1952, y autor de *Un buen hombre en África*, *Armadillo*, *Tormentas cotidianas* o *Bambú*, ha escrito una de sus más apasionantes aventuras. Parte de la cultura y trepidante Viena de 1913, laboratorio fascinante donde en aquellos momentos se cocía todo lo moderno de un continente y donde se reunían genios de la escritura, como Musil, Roth, Kraus o Zweig; de la arquitectura, como Otto Wagner y Loos; de la filosofía, como Wittgenstein; de la pintura, como Klimt y Schiele; de la música, como Mahler y Alban Berg, y donde las novelas y dramas de Schnitzler sacudían tormentosamente la escena austriaca mientras *La señorita Julia*, de Strindberg, prohibida en muchas ciudades y teatros, escandalizaba a toda Europa.

La suya es una trama, entre intelectual, moral e irónica, de persecuciones y dilemas, a lo Graham Greene, rebuscante de códigos y claves a descifrar, de pistas cultas. O, si se prefiere, un laberíntico e inteligentísimo Le Car-

rré, en vez de sumergido en la atmósfera de la «guerra fría», ambientado en la Primera Guerra Mundial, en las trincheras entre Francia y Alemania, en el sofisticado juego del espionaje y el contraespionaje de las grandes potencias o en los ataques por aire de un gigantesco monstruo barrigudo, hasta entonces desconocido, que debutaba en esos días como dirigible para contrarrestar la superioridad naval británica: el zepelín, que en 1915 lanzará sus bombas nocturnas sobre los teatros de Londres.

Múltiples guiños

En la novela incluye no solo una readaptación de las teorías sobre la memoria del Premio Nobel Henri Bergson y el psicoanálisis de Freud, sino múltiples ecos y guiños exquisitos: desde la estremecedora intriga, entre íntima e histórica, presente en *El agente secreto*, de Conrad, hasta la historia de uno de los más famosos espías de la Primera Guerra Mundial, que se suicidó al ser descubierto: el Coronel Redl, protagonista de la obra del mismo nombre firmada por el periodista y reportero checo de entre guerras Egon Erwin Kisch, llevada al cine más tarde por el húngaro Szabó. Un

**EL AUTOR DE
«ARMADILLO» Y
«BAMBÚ» HA
ESCRITO UNA DE
SUS MÁS
APASIONANTES
AVENTURAS**



Londres, 1913

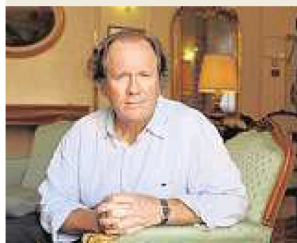
William Boyd (a la derecha) ha ideado una trama de espionaje. La acción transcurre entre Viena y Londres antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. En la imagen superior, soldados británicos se entrenan para el combate

suicidio «muy vienés» que sobrevuela esta obra.

«Una salida perfectamente razonable en este tambaleante Imperio nuestro», dirá uno de los estupendos personajes secundarios, un oficial austrohúngaro de origen eslovaco, que forma parte, como él mismo añade, del desprotegido e intercambiable «harén» de pequeñas naciones de «esos dos poderosos sultanes» que son Austria y Hungría. Un ejército que, en esa Europa que bulle frenéticamente de novedades procedentes de los más diversos campos del intelecto y el arte, está corroido por otra nefasta peste ya en boga: el antisemitismo.

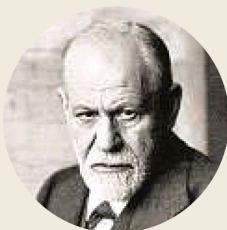
El protagonista de *Esperando el alba* es Lysander Rief, un joven actor londinense, hijo de un famoso actor shakespeariano y de una austriaca, Lady Anne Faulkner, casada en segundas nupcias con un aristócrata inglés. Tras su paso por la consulta en Viena de un famoso psicoanalista, el doctor Bensimon, alumno de Freud,

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern: 800.636.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



En el diván

Al regresar a Londres desde Viena, donde ha sido psicoanalizado por un discípulo de Freud (a la derecha), el protagonista es reclutado por la Inteligencia Militar británica para descubrir al agente doble que pasa información a Alemania



18º PREMI DE POESIA

Donación 8000€ y publicación de la obra
Trabajos inéditos en valenciano o castellano
Fecha límite presentación de originales
23/11/2012, ASOCIACIÓN CULTURAL
AMICS DE LA NATURA, C/ Modia, nº 7,
Castelló, 12001. Tlf. y Fax: 968 260061
www.amicsdelanatura.org/tardor
info@amicsdelanatura.org

CASTELLÓ DE LA PLANA, 2012

ORGANIZA: AMICS DE LA NATURA
PATROCINAN:
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CASTELLÓN
DIPUTACIÓN DE CASTELLÓN
FUNDACIÓN D'AVALLS-FLETCHER
AMICS DE LA NATURA

Lysander se ve envuelto en una quimérica acusación. Denunciado por violación por una diabólica y apasionada mujer, la joven escultora Hettie, con la que ha tenido una tórrida relación y con la que se ha curado de su extraña disfunción sexual, será reclutado como espía al servicio de la Inteligencia Militar británica, a cambio de saldar su cuantiosa cuenta pendiente con la justicia.

Arte del disfraz

Sagaz, intuitivo y experto en el arte del disfraz gracias a sus habilidades como actor, parece la persona ideal. Su misión será descubrir a un traidor que trabaja en el mismo corazón de la Oficina de Guerra británica y que está pasando información vital al enemigo alemán, de forma que los suministros nunca lleguen a su destino una vez desembarquen en Le Havre, Ruan o Calais.

De Viena, Lysander logrará escapar hacia Londres, pasando antes por Trieste y por Ginebra, que, como todas las ciu-

dades suizas, se ha convertido en un auténtico nido de espías e «informantes», con «mujeres dudosas de todas las nacionalidades» de las que es conveniente alejarse.

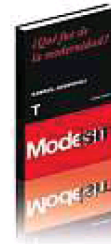
En una guerra total, con varias naciones de los Aliados unidas contra las potencias centrales de la Triple Alianza, todos se sabotean, como comenta cínicamente Lysander hablando con uno de estos espías de alto nivel que mantienen la sutil y escurridiza ambigüedad hasta el final: «Pienso en nuestros ejércitos y ciudades. Hay una ciudad británica, y una ciudad francesa, y una ciudad alemana, y una ciudad rusa. Y después está la ciudad austriaca, la italiana, la turca. Necesitan todo lo que necesitan las ciudades: combustible, transporte, energía, alimentos (...) Y después está el ingrediente final, único. El armamento. De todas clases imaginables. Esas ciudades intentan destruirse unas a otras».

MERCEDES MONMANY

ABC cultural

SÁBADO, 15 DE SEPTIEMBRE DE 2012
abc.es/cultura-cultural/cultural.asp 13

REBELIÓN RAZONADA



¿QUÉ FUE DE LA MODERNIDAD?

GABRIEL JOSIPOVICI
Traducción de
Gregorio Cantera
Turner. Madrid, 2012
261 páginas, 18 euros

★★★★

Si, qué se hizo de la modernidad. El libro de Gabriel Josipovici tiene algo de rebelión razonada contra la tendencia acomodaticia de cierta literatura de lengua inglesa, que comprende, según nuestro autor, a Philip Roth, Martin Amis, Blake Morrison, Julian Barnes, Ian McEwan, y críticos como John Carey, gran defensor de todos ellos. Josipovici no puede comprender que algunos escritores actuales quieran escribir como Austen o Dickens, es decir, aceptando un estatuto de realidad que torna las obras en artefactos mejor o peor hechos, pero sin verdadera vida. La modernidad tendría que ver, más que con personajes y cuestiones éticas, con el despliegue de la acción y de algo «que va más allá de nuestra comprensión inmediata».

Empiezan las dudas

Pero ¿qué es la modernidad? Para Josipovici, más que un mero dato de filosofía o estética anclado en el tiempo. Como algunos otros ensayistas, que no cita -Kundera, Paz, Béguin, Steiner-, la modernidad comienza con Rabelais y Cervantes, y en poesía, en la tradición inglesa, con Wordsworth, como en la alemana con Hölderlin.

Si en Homero, como en Dante, el modelo de sus héroes estaba basado en una realidad en la que apoyaban de manera natural su acción, en Cervantes asistimos a un desenmascaramiento del mundo (Max Weber), que tendría en lo intelectual inicio en la disputa de 1529 entre Lutero y Zuinglio: el protestantismo fue el comienzo de las dudas que hasta entonces no se habían atrevido a decir su nombre.

En lo pictórico, menciona los dos grabados de Dürero sobre la melancolía, que interpreta como incapacidad para la acción, algo que, en el campo de lo creativo, caracteriza el momento crítico del crea-

dor moderno. Llama la atención que no mencione *Las Meninas* para enlazarlas con la modernidad pictórica que analiza en Picasso y las tensiones entre realismo y abstracción. Lo curioso es que sus ideas no son nuevas, y su investigación, parcial.

Hacer lo ya hecho

Cervantes o la tensión entre la tradición y el arte de narrar, este es el eje. Aunque no menciona apenas el nihilismo del siglo XIX y comienzos del XX, es lúcido el uso que hace de las ideas de Kierkegaard («la desesperación de la necesidad es la falta de posibilidad»), vinculadas a la desviación de la voluntad, para caracterizar a Raskólnikov o Emma Bovary. La modernidad, la que encarna en Mallarmé, Proust, Kafka, Woolf, Eliot o el Thomas Mann de *Doctor Fausto*, tiene vedada las puertas de la trascendencia y no puede hacer obras cuyo final otorgue una forma y un sentido a la vida. Esto no niega el conflicto (Eliot era creyente, pero escribió *Prufrock y La tierra baldía*), sino que lo integra haciendo de cada obra «un intento».

Josipovici pone el dedo en la llaga al pensar que la literatura que solo trata de hacer una y otra vez un poco mejor lo ya hecho tiene poco que ver con lo que ha sido la modernidad en cualquiera de sus momentos álgidos, y poco, también, con un arte verdaderamente vivo. Pueden ser obras bien hechas e informativas, pero que difícilmente van a transformarnos, es decir: ficción que se convierte en nuestra naturaleza. La modernidad nace con la conciencia crítica, y esta ayuda a saber que hay cosas que ya no se pueden hacer, como las novelas históricas que infectan nuestros «mercados» editoriales. A ver si la crisis sirve, en lo literario, para algo...

JUAN MALPARTIDA

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1 877 980 4040 Intern: 800 636 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW